

● ● ●  
*miscelánea*

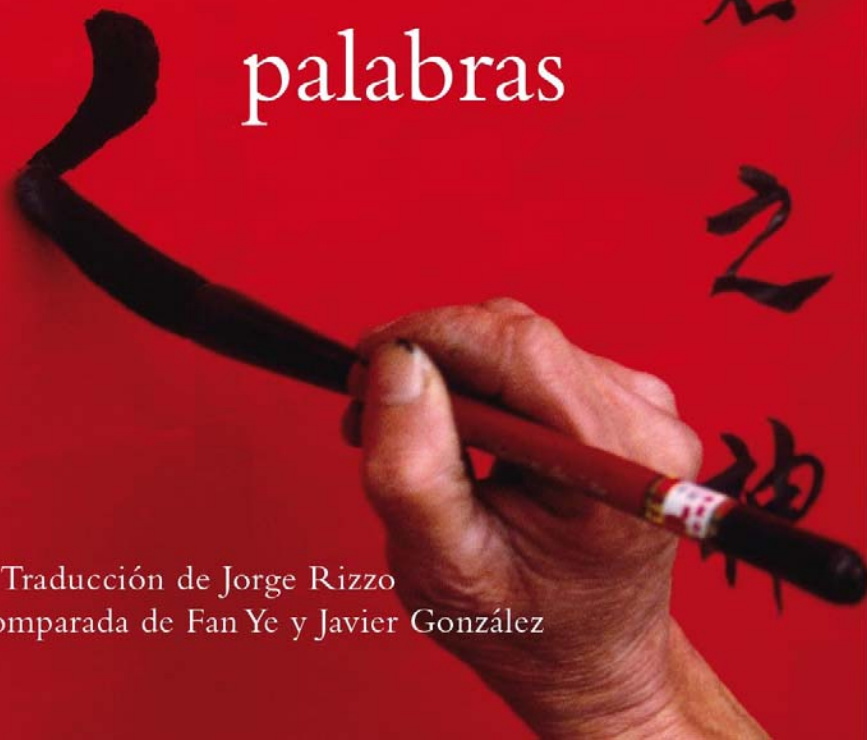


ZHANG JIE



faltan

palabras



司  
命  
灶  
君  
之  
神

Traducción de Jorge Rizzo  
Lectura comparada de Fan Ye y Javier González



FALTAN PALABRAS

ZHANG JIE

# FALTAN PALABRAS

Traducción de Jorge Rizzo

Lectura comparada  
de Fan Ye y Javier González Roldán

*m...*  
*miscelánea*

Título original:  
无字 (WUZI)

Copyright Zhang Jie, 2001  
Copyright @ 2008 Adriano Salani Editore S.p.A. Gruppo Editoriale  
Mauri Spagnol Milano.

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Jorge Rizzo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosnac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-3-8  
Depósito legal: M. 37.862-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi madre, Zhang Shanzhi

La presente traducción se ha basado en una reelaboración de la propia autora, que tuvo la deferencia de modificar la versión original impresa y distribuida en China con el único fin de hacerla más fluida y fácil de leer para el público europeo.

## PERSONAJES

**Wu Wei:** escritora célebre.

**Ye Lianzi (Xiuchun):** madre de Wu Wei.

**Gu Qiushui:** padre de Wu Wei.

**Chanyue:** hija ilegítima de Wu Wei.

**Hu Bingchen:** alto funcionario del Gobierno comunista, amante y después marido de Wu Wei.

**Bai Fan:** ex esposa de Hu Bingchen, con la que volvería a casarse tras divorciarse de Wu Wei.

**Furong:** hija de Hu Bingchen y de Bai Fan.

1

I

De entre el centenar de modos en que podría empezar esta historia, usaré el que Wu Wei, sentada bajo una acacia blanca que tenía un tronco tan grueso que seis hombres juntos no bastaban para rodearla, había elegido una mañana de otoño de 1948, hace más de medio siglo, para el libro que quería dedicar a Ye Lianzi.

«En las primeras horas de un día brumoso, desde la ventana, ella miraba la calle...»

Nada más.

Una frase que tiene más de cincuenta años.

II

Se había preparado para escribir aquella novela durante casi toda la vida; sin embargo, una vez empezada, había perdido la razón.

Aunque al fin y al cabo, a los demás, a la gente común, a los lectores, ¿qué les importaba? No es que diera pena, era un caso particular, que sólo tenía sentido para los que causaron su locura.

Cada día, en cada momento, hay alguien que enloquece; hasta el punto de que resulta incluso difícil distinguir al cuerdo del loco entre quien apenas pasa rozándonos y quien comparte algo con nosotros.

Sin embargo, de la locura de Wu Wei se habló mucho. No sólo debido a su popularidad, sino también porque desde que era niña siempre había llevado una existencia fuera de ciertos cánones, hasta el punto de ser acusada en muchos casos de conducta inmoral.

Cualquiera que la conociera, aunque sólo fuera superficialmente, podía hacer recuento de sus comportamientos escabrosos; aunque, por otra parte, era algo insignificante, visto todo desde nuestra perspectiva actual.

Eso explica por qué, en una época en que las relaciones sociales eran grises y monótonas, su juicio perdido aportó una excelente excusa para el cotilleo, y los animaba aunque sólo fuera un momento.

Fue algo totalmente inesperado.

Es más, los más cercanos aseguran que aquello fue para ella un momento dorado.

Precisamente poco antes había organizado una fiesta para celebrar los ochenta años de un escritor en decadencia; acababa de volver de un viaje por el Tíbet con regalos para todos, cada uno pensado para su destinatario; se había comprado un vestido de corte italiano, que desde luego no era un trapito cualquiera; de vez en cuando invitaba a amigos a comer a casa, en alguna rara ocasión incluso se había puesto ella ante los fogones, y teniendo en cuenta que no era una gran cocinera, los resultados desde luego no habían sido desdeñables; también había quien afirmaba haberla visto en alguna velada fastuosa

organizada en ocasión de algún evento artístico, luminosa e impecablemente vestida.

¿Cómo puede una persona al borde de la locura mostrar tanta alegría de vivir en un mundo que debía ya de parecerle extraño e insensato? ¿Y cómo era posible que la locura la hubiera golpeado precisamente a ella, y que esquivara en cambio a un caso desesperado como el de Ye Lianzi?

Aquella mañana, Wu Wei había recibido la llamada de un periodista que, sin venir a cuento, le había preguntado:

—¿Es cierto que usted tiene una hija ilegítima?

Otra vez aquello, más de treinta años después todavía había personas, en concreto un hombre, que la seguían humillando. Un tormento, una humillación de la que no se había liberado nunca, que no le había dejado sacudirse de encima aquel dolor, que nunca le había servido para aliviarlo; algunos años incluso había anhelado el desprecio para expiar aquella culpa, porque incluso la ley del tali3n prevé un día en el que el pecador se redime del pecado. Y, sin embargo, nada. La crueldad de los ultrajes sufridos no había hecho más que arraigar más profundamente su pena.

Hasta que un día, de pronto, había comprendido que la renuncia era lo único que podía aliviarla. Renunciar a la esperanza, convivir con la desesperación, con dignidad, hasta el final.

Aquellos pensamientos eran como una niebla frente a sus ojos. Después, de la ca3tica oscuridad, emergía la visi3n de un muro de piedra, cercano y, sin embargo, lejano, infinito, impenetrable, sobre el que brillaba una tenue luz indefinida.

La primera vez había sido tras la muerte de Ye Lianzi, en un gélido día de invierno. La noche aún no había dejado paso al alba cuando ella se aventuró en el parque del Templo del Cielo, por aquel callej3n grabado en la historia por efecto de innumerables pisadas. Avanzaba despierta, a la espera de una se3al, y de

repente oyó un golpe de tos: se giró de pronto y vio una fugaz claridad, quizás el saludo de su madre, su última demostración de afecto.

A la vuelta, entre los escasos paseantes presentes a aquella hora de la madrugada, alzó la vista al cielo todavía inmerso en la oscuridad, lo único que aún podía absorber su dolor. Todo lo demás, incluso lo que tenía más cerca, parecía mirarla desde una distancia insalvable, y le ofrecía sólo indiferencia, un frío desapego que le provocaba una profunda incomodidad. Y fue entonces cuando se le apareció, inmensa, la palabra «perdón».

Aquel concepto no le resultaba nada familiar, era evidente en sus obras. El perdón abraza incluso a los más culpables, no tiene nada que ver con la ley del talión. Y quiso la casualidad que fuera una de las primeras palabras aprendidas por necesidad por Ye Lianzi, y a las que ella siempre había dado una enorme importancia.

¿Sería quizá también una reacción a la carencia de amor filial de Wu Wei?

En los momentos cruciales se le aparecían siempre imágenes o caracteres. E incluso sobre el inexpresivo muro de piedra aparecía una inscripción, en parte nítida y en parte ilegible, inexorablemente destinada a ella, y, sin embargo, indescifrable. A veces parecía recién grabada; otras, erosionada por el tiempo, emborronada por los años o, por el contrario, incrustada en el corazón de la piedra, como si el muro estuviera vivo y, al crecer, integrara aquellas palabras en su propia carne, en un proceso lento e indoloro. Era la obra de una fuerza ingente, concreta y, sin embargo, invisible, que iba grabándola infatigablemente.

Tras la llamada de teléfono, había acabado de desayunar tranquilamente: queso, pan tostado con mantequilla y mermela-

da, una taza de café, un tazón de leche y una pera grande. Después se había dirigido a la cocina a lavar los platos.

Los había fregado meticulosamente; llegó incluso a pasar la esponja entre las puntas de los tenedores. Eso ya no lo hace nadie. Quizás en Inglaterra, en las cocinas reales. O en los poquísimos restaurantes de lujo que aún defienden fanáticamente la etiqueta. O en la casa de alguna familia noble anclada al pasado.

Pero Wu Wei era escritora, y por eso prestaba mucha atención a los detalles.

También al principio, cuando pertenecían a mundos distantes y paralelos, le había bastado un instante para reconocer todo el encanto de Hu Bingchen, en especial su porte, y comprender que algo importante les uniría algún día. En cambio, en aquel preciso instante, lo primero que él había observado en ella fue la lengua.

Muy improbable, desde aquella distancia. Y además nevaba copiosamente. Pero él no dejó nunca de sostenerlo.

Muchos años antes, Hu Bingchen se acercaba atravesando la ventisca por un sendero entre los campos desiertos de la Escuela de Mandos del 7 de Mayo, disfrutando de su soledad, cuando de pronto avistó a una mujer, allí de pie, en medio del vasto campo.

No es que él fuera perfectamente capaz de interpretar el papel que le había asignado la sociedad; más bien aún le costaba comprender si, después de todos los cambios políticos a los que se había visto expuesto, algunos rasgos peculiares de su ser no habrían quedado realmente subyugados. Por mucho que hubiera cambiado con el paso de los años, aquello parecía más el efecto de algún recurso momentáneo, una especie de mimetización consciente o involuntaria; pero cuando las circunstancias cam-

biaban, su personalidad salía de nuevo a flote, intacta. Era como si el rol social, profundamente interiorizado, se alternase con su propia identidad, según la inflexibilidad o la debilidad del momento, de su ser ofuscado o despierto, y a veces él mismo acababa por no entender quién era realmente.

Así pues, no pedía más que poder reflexionar en paz sobre cómo desembarazarse de la maraña de acusaciones en que lo había sumido la Gran Revolución Cultural.

Los copos de nieve eran como latigazos de hielo afilado, una ducha helada que lo lavaba por fuera y por dentro, hasta las vísceras, y que casi lo hería. Y se regodeaba, con los ojos entrecerrados, en la sensación de limpieza que le regalaba aquel baño; regresaba con la memoria a todos los terremotos políticos de los que había salido indemne, gracias a su inteligencia, su prudencia y, sobre todo, su suerte —pero ¿había sido realmente cuestión de suerte?—. Lo único de lo que no había conseguido protegerse era de la Gran Revolución Cultural...

Sus pensamientos —cosa insólita—, en vez de enredarse desordenadamente, en aquel momento fluían sin obstáculos. Gracias quizás a aquel aire denso y saturado de nieve, un aire del alba del mundo, emergían con toda libertad reflexiones más lúcidas y profundas. No se estaba compadeciendo a sí mismo —vivía en primera línea desde hacía demasiado tiempo como para preocuparse de las circunstancias—, pero no podía evitar repasar los acontecimientos de su vida y tratarlos como un estudio, analizándolos y resolviendo las dudas, ajeno al hecho de que aquellas dudas volverían a plantearse en el futuro, de que él mismo formaba parte de ellas, y de que incluso sus reflexiones acabarían convirtiéndose en duda, en un embrollo imposible de desenmarañar, pero con el que tampoco podía cortar.

\* \* \*

Un remolino de nieve acentuó en Hu Bingchen la sensación de que perdía el control de su propio cuerpo y de que flotaba en el aire. Y el gran hombre de altas aspiraciones, sacudido por la nieve y el viento, no pudo evitar suspirar.

Quizá por todos aquellos pensamientos.

O quizá porque la nieve le había recordado de pronto las flores de calicanto de su casa, de perfume tan delicado y al mismo tiempo tan intenso.

Aquella casa, la casa familiar, se había desvanecido en la nada como si nunca hubiera existido; y, pese a todo, él estaba convencido de que los días vividos entre sus paredes no habían transcurrido en vano. El hombre en el que se había convertido, su destino..., todas aquellas cosas estaban de forma inextricable relacionadas con ella.

La emoción aún le embargaba cuando notó la presencia de la mujer.

Los copos de nieve descomponían su silueta y todo lo que componía el telón de fondo: los árboles centenarios, las colinas y, más allá, las montañas, los arbustos y los campos. Él observó únicamente que la mujer, echada hacia delante, estiraba la lengua con la vana esperanza de atrapar alguno de los mechones. No se había dado cuenta de que, mientras todos los «soldados del siete de mayo» habían aprovechado la nevada para pasar un día de asueto alrededor de la estufa, la mujer vagaba feliz, disfrutando de la paz de aquel páramo nevado, como una barquita solitaria en las aguas.

Tomó otro sendero y cortó por una loma, donde se apostó, oculto, para observar lo que sucedía.

Por un sendero entre los campos llegaba un perro que agitaba la cola. En cuanto lo vio, ella se agachó, recogió un puñado de nieve, hizo una bola y se la tiró. Erró el tiro y el perro se puso a ladrar alegremente.

Probablemente no había tenido ni tan siquiera la intención de darle.

También él sintió el impulso de hacerlo: estaba seguro de que no habría fallado. Pero inmediatamente sacudió la cabeza, ya que se sintió ridículo. Y se alejó, esbozando una leve sonrisa de forma inconsciente. De aquel día, de aquella tormenta de copos de nieve, de aquella mujer que, sola en medio de la nieve, había entrado inesperadamente en su campo visual, se olvidaría enseguida.

Una experiencia a la que no había dado importancia.

Hasta más tarde, cuando casualmente volvió a tropezarse con ella, no se acordó. Es más, incluso le dio por citar aquel episodio como prueba de que su amor, nacido justo en aquel momento, no era en absoluto efímero y no tenía nada que ver con la fama que ella conseguiría posteriormente.

A fuerza de repetirla, cualquier cosa se vuelve verdad.

Y, en cualquier caso, Wu Wei efectivamente le había causado cierta impresión.

### III

También aquello de frotar tanto los tenedores daba que pensar.

### IV

Mientras estaba concentrada en eliminar una suciedad inexistente, sonó de nuevo el teléfono. Pensó que sería el periodista de

antes y se preparó para afrontar la llamada; sin embargo, era un conocido de Hu Bingchen al que hacía mucho que no veía. Le habló del tiempo, de la bolsa, de los hijos... y luego le soltó el golpe bajo.

—Quería decirte que, no sé si será el caso, yo no lo creo..., pero corre el rumor de que, después de librarte de Hu Bingchen, te has casado con otro con mayores influencias.

En un primer momento ella pensó que era un malentendido. «Lo habrán entendido mal. Al saberse que Hu Bingchen tomaba una nueva esposa, habrán pensado que la que se volvía a casar era yo.» Pero después se acordó de que no era la primera vez que oía este tipo de comentarios; es más, otro rumor, aún más extendido, la situaba fuera del país, casada con un extranjero sin que Hu Bingchen hubiera recibido nunca ni una nota, de modo que no sabría ni dónde se encontraba.

(Y entonces aquellas cartas en las que le pedía, le suplicaba, que le concediera el divorcio, prometiéndole, si lo hacía, la gratitud de la familia, de todas sus generaciones pasadas y futuras, ¿las había mandado él o las habían enviado desde otro planeta? Afortunadamente ahora estaban en manos de un abogado. ¿Acaso debería pedirle que se las diera a leer a todos sus conocidos y al mundo entero?).

No había sido ella quien había buscado excusas para liberarse de Hu Bingchen; aunque una tacita fuera de su sitio podía llegar a convertirse en un motivo de discusión, aquello no era razón para marcharse. Pero si un cónyuge ha decidido que quiere divorciarse, los pretextos para las discusiones acaban siendo demasiados, innumerables. Y frente a esa infinidad de tormentos, una persona como Wu Wei, ingeniosa a corto plazo pero incapaz de elaborar grandes estrategias, se veía absolutamente desarmada. La única defensa posible era la fuga.

Cualesquiera que fueran las razones por las que Hu Bing-

chen había solicitado el divorcio, aquello era asunto suyo. Y sin embargo, iban haciendo su aparición las historias más inverosímiles. Si no fuera porque ya era mayor, incluso habrían insinuado que se había convertido en una prostituta profesional.

Alguien se había preocupado de levantar una polvareda. Durante sus casi treinta años de matrimonio, e incluso tras el divorcio, se había encontrado acorralada, y había recibido ataques desde todos los frentes.

¿No habría intervenido su ex mujer, Bai Fan?

Cuando había reaparecido entre Wu Wei y Hu Bingchen, que quería el divorcio sólo para volver a casarse con ella, Wu Wei no había querido rebajarse y dedicarse a arruinarle la vida, aunque aquella mujer la hubiera tratado siempre como una enemiga, provocando escándalos y hostigándola de todos los modos posibles.

La vida quita y la vida da. Wu Wei habría podido pagarle con la misma moneda; sin embargo, no había intentado retener a Hu Bingchen a toda costa. Ahora podía mirar a aquellos dos desde lo alto. No, no lo había retenido en absoluto. Se lo había devuelto a Bai Fan, con sencillez y elegancia.

No sólo eso. Cuando se había divorciado de Bai Fan, Hu Bingchen había escrito un documento a un dirigente del Comité Central: tres páginas atestadas de caracteres minúsculos, una descripción detallada del pasado de ella y de todos los episodios indignos con los que había manchado su nombre, en la que desde luego Bai Fan no salía mejor parada que Wu Wei, sino todo lo contrario. Y Wu Wei la había guardado.

Claro estaba que no era una carta de amor. Él, como concienzudo miembro del Partido, probablemente debía de haber sopesado cada palabra, hasta la más insignificante. Hu Bingchen mentiría a las mujeres, pero no mentiría nunca a las autoridades, a la ley; así pues, por minúsculos que fueran, aquellos caracteres eran armas letales.

En cambio, Bai Fan nunca había dejado de mortificar a Wu Wai con la historia de la hija ilegítima para dar a entender que, en comparación, ella era un modelo de pureza. La llamaba «fulana» sin pensárselo dos veces. Pero aquel documento habría podido quitarle la máscara de mujer casta y fiel que se empecinaba en exhibir ante todos.

Ella nunca se lo había dicho a nadie, a diferencia de la otra, que enseguida había hecho alarde de sus «documentos candentes». En los más de veinte años de su historia de amor con Hu Bingchen se había dado cuenta de que también Bai Fan debía de haber tenido sus problemas con aquel hombre, exactamente igual que ella. Y quizá por eso mismo no había reaccionado nunca a sus crueles ataques. En cualquier caso, Bai Fan no tenía ninguna intención de agradecersele.

En cuanto a una persona tan lista como Hu Bingchen, ¿por qué le había dejado a Wu Wei un duplicado de aquel informe y de otros documentos que había mandado a las autoridades? No era algo insólito en él. Había hecho lo mismo más de veinte años antes, al dejarle a Bai Fan una copia de la carta en la que acusaba duramente a Wu Wei de haber abandonado cualquier ética socialista y de haberse introducido con malas artes en su familia.

Al recordar el episodio, el corazón de Wu Wei se encogía de pena: por el hombre al que había amado todo aquel tiempo, y por ella misma.

Pero Bai Fan no era de esas personas capaces de librar una refinada batalla dialéctica a punta de pluma.

Sentía hacia Wu Wei un odio y un deseo de venganza totales y devastadores. Si hubiera podido decidir cómo eliminarla, no habría elegido una inyección letal, sino que la habría sacrificado lentamente, puñalada a puñalada.

Una vez había abofeteado con saña a Hu Bingchen, que ya estaba pasándolo mal, y casi había provocado que le diera un infarto.

—Me he sentido burlada —había dicho—, dolida, humillada y herida por la intimidad de tu relación con Wu Wei. Te has postrado a mis pies, y has jurado y perjurado que no era cierto, diciendo que te merecías aquellas bofetadas. Desde luego no he cargado la mano, pero luego tú, inexplicablemente, me has dicho que, si te daba un infarto, sería por mi culpa. ¡Exagerado! —Y había añadido—: Lo siento, pero yo llevaré a Wu Wei a los tribunales, la acusaré de haber destruido mi familia. Tengo pruebas y testigos, y ganaré, mientras que tú te enfrentarás a los rumores, perderás fama y fortuna, tu salud empeorará y morirás.

Así las cosas, era difícil no simpatizar con Bai Fan y sus bofetones.

En cualquier caso, mantuvo la promesa y reclutó un ejército de testigos, y llegó incluso a aliarse con los que eran enemigos de su marido, por cuestiones políticas o de otra naturaleza.

\* \* \*

La versión de Hu Bingchen era completamente diferente, hasta el punto de que en cuanto la oyó, Wu Wei llamó inmediatamente por teléfono a Bai Fan, pese al riesgo que aquello suponía.

—¡Si le sucede algo, le diré a todo el mundo que es culpa tuya!

Ella, la amante, había osado llamar a la esposa, desafiando así cualquier convención, sin pudor, segura de tener razón. ¡Aquello se pasaba de la raya! La cosa no podía más que suscitar la indignación y el desprecio general, además de provocar un contraataque por parte de Bai Fan.

Hu Bingchen no se dignaba siquiera a mirarla. Cada vez que Bai Fan entraba en la habitación del hospital se lo encontraba así, con los ojos cerrados; y cada vez los médicos habían observado una cresta en el trazo del electrocardiograma. Decían que el paciente no soportaría tanta tensión, de modo que le aconsejaron evitar, en lo posible, ir a verlo.

¿Ella, la señora Hu, la esposa legítima del viceministro Hu Bingchen?

En una ocasión lo sorprendió con los ojos abiertos como platos y, a pesar de que él se apresuró a cerrarlos, ella observó que, en aquella mirada dirigida al techo, perdida en algún pensamiento desconocido, brillaba una luz demasiado viva para un hombre al final de sus días. Un reflejo perverso, la señal de que la había excluido de sus pensamientos.

Ella se sintió como acariciada por un fuego siniestro, del que

emanaba un humo oscuro que la quemaba por dentro, sin llegar a prender.

Contempló durante un buen rato, resignada, el rostro gélido de Hu Bingchen, hasta que de pronto se le ocurrió una idea.

—Ha llegado Wu Wei —le susurró.

Él abrió los ojos y dirigió la mirada, raudo, hacia la puerta. Y, al cabo de un sólo instante, Bai Fan comprendió lo que tantos años le había pasado desapercibido.

Pero en el umbral no había nadie.

Hu Bingchen cerró de nuevo los párpados y no dijo nada. Sólo se oía su respiración irregular.

Había jugado con él y le había herido en su dignidad.

Ejercitaba sobre sí mismo un autocontrol exagerado, casi patológico, que rayaba con la hipocresía. Pero de joven había sido muy diferente: un tipo sin pelos en la lengua, casi descarado. Uno que nunca jamás habría pensado en cambiar de modo de ser.

Y sin embargo, tras su llegada a Yan'an, lo había hecho casi sin darse cuenta, bajando poco a poco sus afiladas armas; y ahora que su lista de méritos era más larga que el texto de una enciclopedia, al volver a pensar en ello se daba cuenta de que aquel cambio había tenido para él un efecto muy beneficioso.

Sólo en tres ocasiones se encontró con que tuvo que aprender la lección, pero las recordaba muy bien.

La primera fue cuando fue a ver a un queridísimo amigo.

Se trataba de un hombre de gran cultura que había estudiado en Alemania. Había sido arrestado bajo falso nombre por los Servicios Secretos del Partido Nacionalista Chino mientras trabajaba clandestinamente para el Partido Comunista en Shanghái; fingió que colaboraría con ellos y lo habían liberado. No podía esperar fielmente las instrucciones del Partido y filtrar al

exterior noticias suyas a través de los agentes infiltrados en la cárcel, porque el Partido no sabía que le hubieran arrestado, ni él sabía quiénes eran los infiltrados... De modo que, a su vuelta a Yan'an, se le criticó duramente. Y como era de carácter directo, se creó muchos enemigos y acabó convirtiéndose en blanco de sospechas y persecuciones.

Y la cosa no acabó allí.

Apoyar a un amigo caído en desgracia es una norma social que está en vigor desde los tiempos más remotos. Pero Hu Bingchen aún no había comprendido que, en aquellos tiempos, si alguien caía en desgracia, aunque se tratara del propio padre, lo primero que había que hacer era distanciarse y, a ser posible, hurgar en la herida con alguna acusación. Aquella visita le costó un largo periodo de «rectificación»: la antigua ley de la amistad se había convertido en una práctica arcaica.

El propio Hu Bingchen había aportado la excusa necesaria, al parodiar una vieja canción, que originalmente decía: «A orillas del río Amarillo, los valientes hijos del pueblo chino... trabajan diligentes, dispuestos al sacrificio, héroes por naturaleza...», y que había transformado en: «A orillas del río Amarillo, los desgraciados hijos de tantos chinos... van tirando, dando tumbos, vagos por naturaleza...».

La bromita llegó a las altas esferas: la versión de Hu Bingchen era contrarrevolucionaria.

Se dio cuenta de que lo más importante, lo que realmente contaba, eran los «informes a los superiores». Con el tiempo, Hu Bingchen llegó a la conclusión de que las «rectificaciones» eran consecuencia de anécdotas absolutamente insignificantes. Tú pensabas que era una tontería, y te encontrabas de pronto con un fusil apuntándote.

En 1943, aquel amigo suyo no pudo evitar ser «salvado» por el Movimiento para la Salvación. Unos años más tarde, Hu

Bingchen se enteró de que, durante la retirada estratégica decidida por el Comité Central para escapar del potente ataque del Partido Nacionalista contra Yan'an, al atravesar la pequeña ciudad de Yongping, a su amigo, junto a otros «salvados» y algunos occidentales (que no se sabía muy bien qué habrían ido a hacer a Yan'an), los mandaron al otro mundo llenos de plomo comunista, y arrojaron sus cadáveres al fondo de algún pozo. Si no hubiera sido por las tropas nacionalistas, que recuperaron sus restos y que abrieron una investigación, habrían desaparecido sin dejar rastro, como pompas de jabón.

Más tarde, en el mismo Yan'an, Hu Bingchen se encontró con que aparecía en una nota<sup>1</sup> anónima escrita en un trozo de papel con los bordes mordisqueados, apenas de un palmo de largo. Se acercó con un ánimo decididamente poco idealista; esta vez ya sabía que para pillar a alguien bastaba con un sencillo interrogatorio:

—¿Cómo has llegado a Yan'an? Explícate bien. Sé concreto.

—El primer tramo en tren; luego en coche.

—¡Ah! Los que hacemos la Revolución desde hace tanto sabemos qué pinta tiene un tren, y mucho menos un coche. Dime, ¿quién se puede permitir viajar en tren y en coche?

—Cualquiera. No hay más que sacar un billete.

—¡Cuidado con el filósofo! ¡Sólo el Partido Nacionalista puede pagarte el tren y el coche! ¿Y aún sostienes que no eres un espía?

1. La autora se refiere a las declaraciones anónimas y en muchos casos absurdas con que se denunciaba a los elementos sospechosos durante las purgas internas del Partido Comunista en el periodo de Yan'an. (*N. del T.*)

Nada más leer la nota se dirigió a un compañero de la red clandestina que lo seguía desde hacía muchos años y le dijo:

—Aunque te conozco bien, si la organización me dijera que eres un espía, te fusilaría al instante, sin pensármelo un momento.

Estaba muy orgulloso de haber salido de Yan'an antes de que empezara el Movimiento para la Salvación, porque de otro modo no se habría ido de rositas; bastaba con ser intelectual para buscarse problemas, sin necesidad de hablar de trenes y automóviles. ¿Quién le habría dicho que el viejo dicho que reza «Toda actividad es trivial, sólo estudiar es noble» habría supuesto la ruina para toda una generación de estudiosos...? Repiqueteando con los dedos sobre la mesa, inmerso en sus pensamientos, comprendió que los intelectuales lo tendrían difícil para llevar una vida digna.

Desde entonces, cada vez que se lanzaba un movimiento político, Hu Bingchen acababa pensando que quizás el alma de su amigo, desde el cielo, estaría dando las gracias por la bala que había salido a su encuentro por el camino de Yongping.

La segunda lección la aprendió durante el periodo de actividad clandestina, cuando se encaprichó de una mujer y a punto estuvo de separarse de Bai Fan. Antes de 1949, él y Bai Fan ya habían estado cuatro veces a punto de separarse —o mejor dicho, de seguir cada uno su camino, dado que, al no haberse casado oficialmente, desde luego no podían divorciarse—, pero aquélla fue, con mucho, la peor de sus crisis.

Además de marcar un cambio de poder, 1949 fue un año crucial por muchos otros motivos. Hasta entonces, para ser revolucionario se seguía el método clásico: todo el mundo vivía en comunidad, y las relaciones, tanto las largas como las aventuras ocasionales, no eran más que notas de color en un clima de desinhibida camaradería revolucionaria. Cualquier procedimiento burocrático se tildaba de formalismo fanático.

Pero Bai Fan, que era más bien tradicional, consideraba oficial su convivencia con Hu Bingchen, y por eso vivió de un modo tan atormentado su aventura con el camarada Liu Tong. Más de una vez, sus colegas encontraron por el suelo, en el escritorio o sobre el catre de la oficina las sentidas súplicas de ella, todas muy similares: «¡Te lo ruego, perdóname aquel único error!».

Realmente, Hu Bingchen y Bai Fan eran muy diferentes. Él no habló con nadie de «aquel único error», ni reveló jamás por qué no podía perdonarlo.

Pero, entonces, ¿por qué dejaba por todas partes las cartas que ella le escribía? En aquellas cartas había confidencias destinadas sólo a él, anhelos secretos que requerían únicamente su comprensión. En fin, que había algo que no cuadraba en la aparente magnanimidad de Hu Bingchen.

Si no hubiera sido por la intervención del Partido, preocupado por su eficiencia, por el secretismo que imponía la clandestinidad y por la profunda fidelidad que se les exigía a la causa de la Revolución Comunista Proletaria, se habrían separado mucho antes.

Lo que le traicionó fue un pequeño detalle.

Bai Fan se había puesto manos a la obra como si estuviera descifrando un código secreto del Partido Nacionalista (tenía un talento increíble para aquellas cosas) y, mientras intentaba descodificar la repentina pasión de Hu Bingchen por los bailes, comprendió que detrás de aquello había una mujer, con lo que consiguió dar la vuelta a la situación y aparcar su sensación de culpa.

Así es como, veinte años después, en un páramo nevado en el que no había un alma, Hu Bingchen, asegurándose de que nadie lo viera, disfrutó del espectáculo que ofrecía una mujer que paseaba en medio de la tormenta como una barquita que atraesara, solitaria, el río.

Aunque Hu Bingchen había afirmado en repetidas ocasiones que no sabía bailar y que aquel pasatiempo le parecía repugnante, precisamente durante una fiesta Wu Wei había descubierto que él bailaba exactamente igual que en las películas de los años treinta. En la China continental, aquel modo de agarrarse el uno al otro, con una vehemencia que rozaba la ebriedad, prácticamente había desaparecido desde 1949, hasta la aparición de los «nuevos ricos».

En los pasos de baile de Hu Bingchen, Wu Wei había percibido un eco lejano, el recuerdo de una mujer hundido en el mar de su pasado, una mujer que desde luego no era Bai Fan.

Aquel Hu Bingchen bailarín probablemente tendría muchas cosas que contar.

Pero Wu Wei se limitó a desaprobar mentalmente y con el corazón aquella exhibición pública.

La tercera lección la aprendió Hu Bingchen durante la segunda mitad de 1945, cuando la guerra de resistencia a Japón acababa de terminar y los dos partidos, nacionalista y comunista, aún fingían el amor recíproco del denominado Segundo Frente Unido. Por un lado, Chiang Kai-shek pretendía reducir su ejército: tras ocho años de guerra, el país estaba destrozado, sufría una inflación galopante y la gente no tenía recursos para vivir; seguir manteniendo una fuerza militar de cuatro millones de hombres era una carga insostenible. Ante aquella perspectiva, para sanear la situación económica del país, el Generalísimo le pidió al Partido Comunista que desarmara también su ejército, lo que entre otras cosas tendría también el efecto de debilitarlo. Chiang Kai-shek no tenía ninguna intención de buscar un tratado de paz, pero consideraba que, tras el rendimiento de Japón, todos los soldados y los recursos militares debían dedicar-

se a las campañas de aniquilación de los comunistas, por lo que hizo de todo para obstaculizar la cooperación, y buscó pretextos para destruir a su adversario.

Antes de que Mao Zedong empezara a negociar el desarme con Chiang Kai-shek, el Comité Central quería que todo el Partido Comunista adoptara una posición común. De modo que se convocó a muchos miembros del Partido al despacho de Zhou Enlai para realizar un sondeo y, entre ellos, obviamente, estaba Hu Bingchen: había sido el mejor de los agentes clandestinos, había llevado a cabo operaciones que parecían imposibles, sin que los nacionalistas hubieran podido nunca capturarlo, ganándose así la estima de los más altos dirigentes. Ya había ido muchas veces al despacho de Zhou a presentar informes, había bebido y comido con varias personalidades destacadas y una vez incluso con el propio Zhou Enlai. Y durante una reunión se había dejado llevar un poco y había declarado: «Yo soy partidario de dejar el país dividido en norte y sur. Nosotros conservamos el norte, y desarrollamos su capacidad industrial: cuando seamos fuertes, será natural engullir al Gobierno Nacionalista mediante un “avance pacífico”. El sur caerá sin combatir, y así evitaremos las ingentes pérdidas de una guerra civil. En cualquier caso, nuestra relación con el Partido Nacionalista es de control recíproco...».

Aunque, en aquel momento, el Comité Central estuviera decidido a no combatir, teniendo en cuenta la evolución de los acontecimientos, las palabras de Hu Bingchen habían sido demasiado ingenuas, sobre todo aquella última frase sobre el control recíproco entre comunistas y nacionalistas.

Mientras él hablaba con tanta ligereza, la situación dio un giro imprevisto. Ante la ofensiva lanzada por Chiang Kai-shek, el Comité Central se vio obligado a tomar las armas y a abandonar todos sus planes de paz. Y en aquel punto, Hu Bingchen, debido a su intervención, de pupilo del Partido había pasado a ser

blanco de las críticas. Y comprendió que, aunque te muevas en el ámbito de la política sostenida del Comité Central, si éste te anima a dar un paso adelante, tú no debes en ningún caso dar dos.

Desde entonces, Hu Bingchen ya no se atrevió a decir libremente lo que sabía o pensaba, ni volvió a cometer el error de dar aquel paso de más.

Aquellas fueron las pocas ocasiones en las que le metieron en vereda: episodios aislados, pero que habían afectado a diversos aspectos de su vida. Y que tuvieron una influencia determinante en su formación como hombre.

Más adelante, Hu Bingchen se reiría del asunto: «¡Formarse como hombre! ¡Como si los hombres tuvieran que formarse!».

No se puede decir que hubiera sido difícil, pero tampoco fácil. Pero se había instaurado en él una ligereza nunca vista.

Y había cambiado, a todos los efectos, después de aquella sonrisa.

Aun ejercitando aquel exagerado, hipócrita y casi patológico autocontrol, en el fondo de su corazón, Hu Bingchen seguía teniendo un gran concepto de sí mismo y sintiendo un gran desprecio por los demás. La osadía y la altivez podían hacerle perder la perspectiva: era como un arco demasiado tenso, que podía romperse de un momento a otro, y herirle a él y a quien pillara por delante.

Quien lo ofendiera arriesgaba mucho, fuera quien fuera.

Así pues, era obvio que la bromita de Bai Fan le había puesto furioso. Con un tono más despreciativo de lo habitual, le soltó:

—Eres ambigua, terca, despótica e ignorante como tu padre; debe de ser un gen inmodificable. Tu madre vivió toda la vida a su sombra: ¿crees que conseguirás hacerme vivir a mí a la tuya?

La sopa y las verduras que había traído Bai Fan habían acabado por los suelos, y la escudilla de aluminio aún daba vueltas en el pavimento, ajena a todo, emitiendo un sonido que recordaba al de un disco de vinilo que girara en el plato a una velocidad incorrecta.

Entonces, Bai Fan le plantó dos dedos sobre los párpados, y gritó:

—¡Te haré abrir esos ojos de nuevo, tendrás que mirarme a la cara!

Aquel grito rompió el silencio del pabellón de medicina interna, que se animó de pronto, y que eliminó cualquier duda entre médicos y enfermeros acerca de la brutalidad de aquella mujer.

A pesar del caos que se había desencadenado a su alrededor, Hu Bingchen mantuvo los ojos cerrados y los párpados relajados, sin agitarse ni temblar mínimamente. Calma e indiferencia. Una pantalla que era como una muralla impenetrable que oprimía a la impotente Bai Fan con su inexorable solidez.

—¡Te haré morir de rabia! —le espetó ella, desesperada.

Mientras tanto, una descarada Wu Wei llegaba al hospital para un encuentro amoroso secreto: ¿y aquello no era aprovecharse de las desgracias ajenas? Una vertía lágrimas; la otra estallaba en ataques de ira: un buen contraste; parecía creado aposta por una mente perversa.

Si hubieran estado solos, Bai Fan habría podido soportar el

dolor que le infligía él, aunque aquel encuentro secreto pero evidente con Wu Wei era un ultraje intolerable, la traición extrema. Se sentía contra las cuerdas, sin posibilidad de avanzar ni retirarse... Y una bestia arrinconada ataca. Patadas y puñetazos, injurias, insultos, gritos... Al fin y al cabo, ¿no se trataba de legítima defensa? ¿No se merecía todo eso Wu Wei?

Nadie se permitiría abrir la boca. Otra, en su lugar, habría hecho algo mucho peor.

Wu Wei se limitó a parar los golpes; en su frustración, Bai Fan comprendió que había vuelto a equivocarse. El odio que albergaba creció desmesuradamente. Aunque la hubiera matado, ¿qué habría ganado? La otra la había puesto en aprietos sin hacer el mínimo aspaviento. Pero había sido Hu Bingchen quien la había desarmado. Y había sido él quien había entregado a Wu Wei las armas que le había quitado a ella.

Por su parte, Wu Wei no tenía muchas otras opciones. Ella era la amante, y eso implica tener que soportar las consecuencias sin tener derecho siquiera a quejarse.

(Pero no había podido hacerlo. En aquella época pensaba que lo había rescatado de entre las fauces de un tigre; hasta mucho más tarde no se dio cuenta de que las cosas no eran tan simples.)

Además, Hu Bingchen estaba enfermo y bastaba la mínima agitación para mandarlo al otro mundo. Así que, si provocaba un alboroto, no tendría justificación posible.

Aun así, los golpes de Bai Fan le dieron qué pensar: al fin y al cabo, las mujeres son perfectamente capaces de luchar. Y sin embargo, le vino a la mente la impotencia de las mujeres de la familia Ye. Si Ye Lianzi hubiera tenido aunque sólo fuera una décima parte de la aquella audacia, no habría acabado pisoteada por todos.

En cuanto a ella, ante el ataque de Bai Fan sólo consiguió balbucear:

—Tú, tú... ¿Cómo puedes pegar a la gente de este modo?

—¡Porque una puta como tú se lo merece! ¿Me vas a decir que te atreverías a ir a la Policía a enseñarles los cardenales? —respondió la otra, cada vez más agresiva.

Aterrada, Wu Wei se había girado hacia Hu Bingchen. Pero él había permanecido impassible, como si no lo hubiera visto ni oído. Aprisionada entre aquellos dos gigantes, llenos de experiencia y estrategias, Wu Wei no sabía qué hacer. Se había quedado sin palabras. Y Hu Bingchen la miraba sin alterarse lo más mínimo, mientras ella sucumbía bajo la furia de su rival.

Wu Wei le perdonó que no hubiera intervenido, porque en aquel momento era un hombre enfermo, débil, sin fuerzas; pero había algo que habría podido decir: si no la hubiera llamado él, ella nunca se habría presentado en el hospital.

—Has hecho bien en irte sin decir nada —comentó más tarde Hu Bingchen—. Ha sido lo mejor. Si no, todo el hospital se habría enterado; habría sido el cotilleo preferido de todos los pacientes. Y luego habría corrido la voz; figúrate, primero la Policía, luego las instituciones... y entonces sí que habríamos tenido problemas.

Pero según Wu Wei aquella explicación era poco convincente. Porque, como poco, era extraño que un hombre tan calculador no hubiera contado con la posibilidad de provocar aquel desastre con el simple hecho de pedirle que fuera a verlo.

Sin embargo, Hu Bingchen estaba muy grave, y Wu Wei accedió a soportarlo todo, tanto la furia de Bai Fan como el golpe bajo que ambos le habían dado.

Se sentía sola contra todos. Y sin embargo, resistió con todas sus fuerzas, ella, la eterna ingenua —era él quien la veía así—, para no traicionar a su amante. Aunque le habría bastado con enseñar una carta para no sólo librarse de aquel lío, sino incluso volverse en contra de él, aprovechando una ocasión única para ella y para todos los que rodeaban a Hu Bingchen.

¿Acaso no era así? Poco después de su nombramiento como viceministro, incluso los que se habían mantenido siempre a la sombra, como su compañero en la lucha clandestina, Xu Dezhang, se habían apresurado a celebrarlo, haciendo correr el vino caro que tenían guardado para las ocasiones especiales. Y aunque estaba contento, Hu Bingchen reflexionaba con una pizca de acritud sobre lo exagerada que era aquella carrera por mostrar complacencia.

La firmeza de Wu Wei, tan sólida como los bofetones de Bai Fan, lo dejaba perplejo. Comprendía que esta última estuviera furiosa, pero no justificaba sus comportamientos ambiguos, que le parecían deshonestos. De modo que le había dicho a Wu Wei:

—Ya lo he pensado: si a causa de este amor te acaban mandando al campo a hacer trabajos forzados, alquilaré una casa cerca. Ahora, por suerte, el arroz y las verduras se pueden comprar en el mercado libre; basta con que me den la pensión y todo podrá ser. Me abonaré a alguna revista, compraré libros y podré vivir allí sin problemas durante unos años.

A lo mejor, Hu Bingchen, en su entusiasmo, no había considerado la posibilidad de que las consecuencias pudieran ser mucho más graves, hasta el punto de perder el derecho a una pensión. Y aunque a él ya le parecía bien vivir en una casita en el campo, ¿había pensado acaso qué supondría para Wu Wei, chivo expiatorio de todo el asunto, pasar años realizando trabajos

forzados? Y cuando aquella previsión se confirmó, en vez de seguir hablando sin ton ni son del campo y de su pensión, ¿por qué no se había decidido a manifestarse en público, echándole valor, diciendo la verdad y ahorrándole a Wu Wei aquel sufrimiento?

Muy sencillo: porque cuando llegó el difícil momento de la verdad, aquél era el último de sus problemas. ¿Cuándo se ha visto un comandante que en plena batalla, bajo el fuego cruzado de artillería, se preocupe de una casita que se viene abajo por las explosiones? Aunque esa casita hubiera sido construida tres siglos atrás.

Wu Wei no le pedía la luna. Le habría bastado que Hu Bingchen le dijera: «Perdóname, te he hecho sufrir». Pero él no lo hizo. Quizás era algo demasiado difícil para un comandante. Ya que había decidido incluso seguirla hasta el campo de trabajo, ¿por qué iba a preocuparse de pronunciar una frase de efecto pero carente de sustancia?

Entre otras cosas, ella ni siquiera comprendía su estrategia. No conseguía hacer lo que le pedía. «Para convertirte en la esposa de un ministro debes poseer una magnanimidad y unos modales a la altura de ese papel», le decía él.

Por ridículo que sonara, el concepto tradicional de familia de posición, pese a estar ya algo desgastado por el tiempo, seguiría ejerciendo una gran atracción sobre él, hasta el final de sus días.

El amor de Hu Bingchen por Wu Wei nacía de la sintonía que les unía, pero quizás hubiera también algo de complacencia por haber encontrado una amante que lo venerara y capaz de hacer cualquier cosa por él.

No obstante, poco a poco, ella dejó de seguirle el juego, y

su relación cambió. Aquellos indicios que se podían obviar, aquellos momentos ocasionales de incompreensión, fueron acumulándose a lo largo de los años; cuando Hu Bingchen le volvió a pedir que fuera a verle al hospital, ella se negó categóricamente. No correría de nuevo aquel riesgo. Y desde entonces dejó de apresurarse a satisfacer todas sus peticiones como hacía siempre.

Bai Fan nunca llegaría a imaginar que serían precisamente aquellos efectos secundarios los que minarían el amor entre Wu Wei y Hu Bingchen, y mucho más eficazmente que sus ataques directos.

## II

En cualquier caso, aquel rumor que corría no podía ser obra de los antiguos enemigos de Hu Bingchen. Ahora Wu Wei ya era su «ex mujer» y aquellos personajes de posición habían perdido todo interés por aquella mujer que habían usado en un primer momento para atacarle a él. Ahora el que aquel hombre y sus enemigos hubieran corrido suertes diversas ya no importaba: era agua pasada.

El tiempo no tiene corazón, el tiempo es despiadado.

## III

Tampoco quería creer que el propio Hu Bingchen le hubiera tomado el pelo: pese a su separación, aún les unían sentimientos que un simple certificado de divorcio no podía borrar.

Sin embargo, si hubiera sido cosa suya, lo habría perdonado, porque sabía lo mucho que quería evitar los comentarios y

cuánto lo incomodaban, a pesar de que había afirmado repetidamente que no les prestaba ninguna atención a los cotilleos. La costumbre mandaba que fuera ella la que le abandonara a él, que era mayor y estaba en peor forma...

Si a aquella edad aún hubiera sido capaz de manipular la opinión pública, Wu Wei se habría quedado sorprendida y admirada, pero le habría dolido igualmente: ¿es que aquel hombre quería arrebatárselo todo? ¿Por lo menos, que le dejara creer que no había tirado por la borda veinte años de amor!

Sí, la mente se le iba a aquella sombra misteriosa que a menudo la rozaba sin hacer ruido, una criatura mitad humana y mitad bestial, con dos ojos llenos de odio reprimido, pero de insólita belleza... Cada vez que pasaba cerca de ella se llevaba algo, hasta desnudarla del todo. A veces le parecía reconocerla: una percepción clarísima que después se eclipsaba en un momento, y la dejaba confusa de nuevo. Aparecía de pronto, en cualquier momento, incluso mientras hacían el amor, como un obstáculo entre ellos, en sus vidas. Igual que cuando era niña e iba a la gran sala del templo Danyang a esperar que cayera la tarde para perderse en la soledad de aquella hora; pero después sucedía que los enormes murciélagos, que a su vez esperaban bajo los columpios, alzaban el vuelo y pasaban a poquísima altura, rozándole la frente. Igual que su media bestia, ellos también oscurecían aquel momento de paz que era únicamente suyo y del atardecer, y la llenaban de inquietud.

Aquel día, la sombra había ganado.

#### IV

Objetivamente, aquellos cotilleos eran previsibles. Allá donde fuera, una mujer como Wu Wei provocaba comentarios —que

ya se habían convertido en chistes—. Si el blanco de aquellas pesadas bromas no era ella, ¿quién podía ser?

Es lo mismo que le sucedería a quien ha sido ladrón y se ha redimido: en caso de robo, todos sospecharán enseguida de él, y el verdadero culpable se sumará a quienes le acusan, para desviar la atención de sí mismo. El pobre desdichado, consciente de que se ha convertido en blanco de la desconfianza general, no podrá proclamar su inocencia: si lo hiciera caería en la trampa, todos pensarían que «una justificación no solicitada es una acusación manifiesta» y su situación empeoraría aún más.

Algunos amigos decían que Wu Wei había acabado así porque era tonta. Ella, en cambio, no se consideraba tonta; sólo incapaz de gestionar las relaciones humanas.

Sus experiencias pasadas, el modo en que había afrontado las dificultades, sin duda se podían achacar a una timidez y una prudencia excesivas. Excesivas, desde luego: no se trataba de una timidez normal y una discreta prudencia.

Aunque a primera vista daba la impresión de no tener miedo de nada.

A la gente le cuesta entender que quien es tímido y cobarde, cuando llega a sentir una pena tal que no sabe ya que hacer, puede sacar de su interior el valor de un león, una voluntad de hierro, una audacia sin parangón, con tal de ocultar su sufrimiento.

En el fondo, Wu Wei estaba convencida de que no había ninguna ciencia más importante que el estudio de las relaciones humanas, porque no hay nada en el mundo que dé más miedo que el hombre: resulta imposible predecir cuándo, dónde, cómo atacará este ser, mientras que frente a las fauces de una bestia feroz la naturaleza y la magnitud del peligro son siempre evidentes: si se muere, al menos se sabe cómo.

Se dice que las fieras atacan por necesidad, mientras que el hombre no siempre tiene un motivo. Quizá la mera existencia (existir implica la posibilidad de prevalecer) es para él una amenaza, quizá pisotear a otro hombre es el modo tortuoso de alcanzar un objetivo oculto, o más probablemente algo que se hace sin un motivo aparente, así, simplemente por una banal rivalidad.

A pesar de citar a menudo con un respeto reverencial aquel antiquísimo aforismo que dice que «el dominio de las cosas del mundo es conocimiento; la comprensión de la sabiduría humana es saber verdadero»<sup>2</sup>, en realidad ella nunca había llegado a alcanzar aquel nivel de comprensión. Resignada, se consolaba pensando que lo que puede o no puede hacer un ser humano es innato, inherente a su naturaleza.

Quien osaba hacer llamadas como aquélla, ¿pensaba quizá que hacía algo honesto?

En un primer momento, Wu Wei había pensado dar las gracias y colgar, pero luego, sin darse cuenta, había respondido:

—Sí, es cierto, me he casado con un hombre más rico y poderoso que el viejo Hu.

Y lo que le había dejado más perpleja había sido la admiración incondicional de su interlocutor, que, entre risitas, había comentado:

—¡Vaya...! Y... ¿Cuánto tenéis en el banco?

—Bueno, no una cifra enorme, digamos que unos cientos de miles —había respondido ella, también riendo.

2. Pareado que aparece en la novela *El sueño en el pabellón rojo*, de la época Qing. (N. del T.)

¿Qué importancia podía tener ya que hubiera sido o no ella quien había pedido el divorcio?

Y, sobre todo, a aquellas alturas, ¿qué más le daba lo que dijera la gente?

¿No había acaso aceptado una vida de injusticias, sacrificando nada menos que la felicidad de su madre y de su hija con tal de conseguir que volvieran a tratarla justamente?

Había depositado demasiadas esperanzas en la moral de aquella sociedad.

Wu Wei tenía una sensación de culpa imborrable: si es cierto que para cada error hay un responsable y que para cada deuda hay un deudor, ¿por qué había golpeado aquella cruel vergüenza también a su madre y a su hija, que eran del todo inocentes?

En cualquier caso, era ella la que había perdido a Hu Bingchen, no al revés.

Tras colgar el auricular, Wu Wei salió a comprar la leche.

Cuando volvió a casa, casi con desgana, cogió la agenda de teléfonos.

¿Sería que tras aquellas dos conversaciones de buena mañana le habían entrado ganas también a ella de desfogarse un poco? Quizá sí y quizá no. Repasó todos los nombres y los números de la agenda, sin gran interés, y al final no llamó a nadie.

Empezó a hacer conjeturas: ¿debería ponerse un bonito vestido e ir a comer a un buen restaurante? ¿Aunque sólo fuera por poner a prueba su independencia y su seguridad?

¿O habría hecho mejor en ir a comprar un ramo de flores, y elegirlo ella misma? ¿Unas flores espléndidas de vivos colores?

Quizá fuera más sensato recoger los periódicos y revistas repartidos por el suelo, dar un repaso a las habitaciones llenas de

polvo y quitar aquella capa gris de sobre los muebles, tan gruesa que se podría escribir un libro en ella...

Como siempre, hacía lo posible para hacer creer a los demás, y sobre todo a sí misma, que llevaba una vida interesante.

Después dejó de hacer la comedia.

Hubo un momento en que llegó incluso a preguntarse por qué había dejado de sonar el teléfono. No le importaba que pudieran llegarle insidias peores que las de aquellas dos llamadas.

Empezó a hablar sola:

—¿Crees que valdría la pena ir a ver aquel ballet?

—Desde luego.

—¿Habrá aún entradas?

—Tengo que ir al médico a que me dé tranquilizantes.

—He oído que hay unos nuevos, más eficaces.

—¿Cómo se llaman?

Después leyó algo en inglés; tan contenta, encendió el equipo de música y puso el volumen al máximo; la habitación cobró vida...

Riéndose, con una expresión algo perversa, se fue al baño y se plantó frente al espejo, y se escudriñó el rostro, perverso como el morro de un lobo solitario: abrumada por tantas vicisitudes, se había descuidado completamente. No había hombre o medicina que pudieran salvarla: no era más que un soldado de infantería aislado en la batalla.

De pronto aparecieron en el espejo una serie de dientes grandes y amarillentos. Un puñado de dientes que la iban a aplastar y que avanzaban desde detrás, sin inmutarse, con la expresión de quien tiene la victoria en la mano, y ella, rendida al mordisco de aquellas garras, sintió un dolor lacerante que le penetraba en las vísceras.

Se giró de golpe, dispuesta a enfrentarse a aquellos dientes, pero se golpeó la cabeza contra la pared.

Un reguero de sangre empezó a caerle por la frente en zigzag, lo que confirió a aquel rostro ya insípido una especie de elegante tristeza, o quizás incluso un tinte de compasión.

El dolor le hizo recuperar la lucidez poco a poco: no eran dientes, sino azulejos. Pero, entonces, ¿por qué le parecían interminables filas de dientes? No se lo inventaba ella: eran realmente los incisivos grandes y amarillos de los japoneses que habían invadido China.

En los últimos cincuenta años, entre la evolución de la raza y los progresos en ortodoncias, los japoneses habían dejado de tener aquellos incisivos tan grandes, amarillos y protuberantes, como los de los roedores. Pero en los tiempos de la guerra eran así, les gustara o no.

Y no sólo los dientes de su baño eran grandes, amarillos y protuberantes, sino que los espacios entre uno y otro estaban llenos de un sarro que parecía llevar siglos acumulándose.

Instintivamente fue a buscar un cincel, convencida de que podría limpiarlos.

Pero tras unos intentos se dio cuenta de que había demasiados intersticios y de que era una empresa inviable. De modo que aferró martillo y cincel y se puso a picar con fuerza sobre aquellos dientes, hasta hacerlos añicos.

Lo hizo todo con gran calma; estaba tranquila, desde luego no parecía una desequilibrada.

Una vez cumplida su obra se sintió un poco cansada, se encendió un cigarrillo y le susurró:

—¡Tesoro!

Luego fijó la mirada en el vacío y llamó:

—¡Mamá!

El cigarrillo, que en aquella época era lo que le resultaba más

relajante e íntimo, era un placer porque no lo sentía ni hostil ni complaciente.

Sentada en el suelo del baño, se quedó mirando los añicos, meditando sobre lo efímero de las cosas terrenas. Había bastado un momento para que aquellos enormes dientes amarillentos acabaran en pedazos, como una persona de la que no puedes separarte, pero que de pronto acaba tendida en un ataúd.

En el instante en que giró la cabeza entró un hombre con ropas de cortesano y gorra de oficial del Ejército. El rostro, sin pestañas, ojos, nariz o boca, era una tabla rasa que presentaba caracteres trazados en estilo antiguo, con trazos largos que parecían bastoncillos de incienso con las puntas rizadas.

La cara cubierta de inscripciones la seguía en silencio por la estancia, allá donde fuera. Por fin se acercó a aquel rostro y le dijo:

—Déjame leer lo que pone.

Pero por mucho que lo intentara no conseguía descifrar una palabra.

Desde entonces, cada vez que encontraba a alguien, le preguntaba:

—¿Me puedes decir qué pone en esa cara?